

## ¿AMAMOS O SENTIMOS?

Tiempo atrás tuve ocasión de saludar a una mujer a quien conozco desde hace mucho. Al ir a darle un beso en su mejilla derecha, elegida por azar, me detuvo diciéndome, amable pero seriamente, que la besara en la izquierda porque al acercarnos de ese modo se juntarían nuestros corazones y fluiría mejor el amor que en ellos reside. Sin objeción alguna por mi parte el cariñoso gesto llegó a buen puerto de la manera citada, favoreciendo así, supuestamente, el indicado flujo amoroso mutuo. La cosa me resultó chocante y, dada mi natural inclinación a practicar la trasnochada tarea de pensar, empecé a interesarme por el singular tipo de amor del que me estaban hablando.

Si preguntásemos a la gente qué se entiende por “amor” de sus respuestas podríamos concluir que se trata, básicamente, de un sentimiento de afecto. Y afinando un poco más, que ese afecto nos empuja a procurar el bien de todo lo que amamos especialmente en el caso de las personas, a las que ayudaremos mucho o poco según el grado de relación afectiva que compartamos. Esto, en principio, no es malo y contribuye a nuestro correcto desarrollo emocional ya que todos necesitamos querer a alguien y sentirnos apreciados por los demás, a la vez que identificarnos con algún grupo familiar, social, ideológico, etc.

El amor descrito, que nos resulta tan fácil de comprender, puede iniciarse por afecto, como hemos visto, o también por lástima, lo cual se debe a que, ciertamente, es sólo un sentimiento. Y por eso mismo necesita ser recíproco. De esta forma, cuando hacemos una buena obra entendemos, de una manera más o menos inconsciente, que la persona atendida “queda en deuda” con nosotros por lo que, llegado el caso, si no nos devuelve el favor —o no se nos reconoce que lo hemos hecho, o no se valora nuestro mérito, etc.—, es decir, si falta esa reciprocidad, en el fondo nos sentimos ofendidos o decepcionados al considerar que no se han cumplido nuestras expectativas. Es un amor que, en realidad, pone en el centro de la acción a quien ayuda y no a quien se ayuda, porque nos ocupamos de los demás en función de nuestros propios intereses practicando de ese modo una especie de egoísmo disfrazado. No obstante, esto no suele convertir a nadie en mala persona, ya que casi siempre actuamos más por las muy humanas necesidades de sentirnos importantes o de acallar la conciencia que con la intención de hacer daño.

Que el amor comentado pertenezca al ámbito de lo sentimental ya hemos dicho que no es intrínsecamente malo, aunque puede suponer un problema porque las emociones nos resultan incontrollables, lo que significa exactamente que son ellas las que nos controlan a nosotros; como mucho alcanzamos a moderar el ímpetu con el que las expresamos, pero no está en nuestra mano que algo o alguien que nos causa animadversión se vuelva grato, o viceversa, si no median para ello circunstancias externas. Por eso, dejar que los sentimientos sean el criterio para tomar decisiones, poniéndolos así al mando de nuestras vidas, se torna peligroso, pues fácilmente nos llevarán a confundir lo que nos apetece con lo que nos conviene y lo que nos desagrada con lo que no, sin valorar que muchas veces la realidad es justamente al revés, conduciéndonos de esa manera a frustraciones personales y a tener conflictos con los demás.

Hoy, en una sociedad totalmente entregada a lo pasional y al sentir, ocurre con frecuencia lo referido porque no pocas personas se hallan a merced de un amor emocional que las dirige por los caminos más variopintos sirviendo a los deseos de cada cual según las veleidades del momento. Cierta clase de este amor suele manifestarse como un buenismo que todo lo apoya pero que a nada se compromete, cuya naturaleza viene a ser —dicen— una especie de “energía cósmica” un tanto indefinida que da buenas o malas “vibraciones” a conveniencia, y que incluso imparte su propia justicia universal a través del “karma”, siempre certero si causa desgracias a los demás “porque algo habrán hecho” aunque no se vea igual si somos nosotros los destinatarios de tales adversidades justicieras. Y todo ello envuelto en una suerte de espiritualidad a la carta que acepta casi cualquier cosa —como ese amor señalado al principio “que fluye por contacto”—, orientada a un bienestar físico y mental que se debe más a la evitación de los problemas que a la búsqueda de su solución, y cuyo fundamento se encuentra sólo en la mera y cambiante subjetividad individual.

Sin embargo, y afortunadamente, existe otro amor que pese a no estar reñido con lo emocional no depende de los afectos como el anterior al tener su origen en Dios, por lo que

llega mucho más lejos. Este, a diferencia de aquel, aunque también puede originarse por lástima no se debe tanto a ella como a la compasión, es decir, a que *nos damos cuenta* del padecimiento ajeno y por eso *decidimos* actuar en consecuencia. “Darse cuenta” de algo es muy distinto a “sentir” algo, pues mientras aquí sólo respondemos a impulsos más o menos pasionales en el primer caso estamos haciendo uso de la inteligencia, que nos llevará a actuar después por medio de la voluntad, *dos cualidades cuya práctica nos hace más humanos al ser exclusivamente nuestras*. Así, cuando Cristo dice que nos amemos unos a otros no pide “que nos queramos” — porque, como vimos, no podemos controlar los sentimientos— sino *que estemos atentos a las necesidades de los demás*. Se trata, por tanto, del amor comprometido del buen samaritano que *se acerca* a la persona que sufre y *la monta en su cabalgadura* para acompañarla y compartir con ella la experiencia de la caridad aunque eso conlleve un esfuerzo. Es un amor que, al contrario del indicado antes, centra la acción en quien se ayuda y no en quien ayuda, y que al no estar sometido a las emociones no busca reciprocidad alguna ni espera nada a cambio porque, como enseñaba san Bernardo, *el premio del amor es haber amado*. Y tampoco es un amor supeditado a lo subjetivo, pues el Señor no dijo que nos amáramos “como mejor nos pareciese” o “según las circunstancias” o algo por el estilo; nos invitó a hacerlo *como yo os he amado*, es decir, de una forma especial perfectamente establecida y mostrada con el ejemplo y la entrega de su propia vida.

De ese modo, este amor incondicional, que está sustentado por el Espíritu Santo y se concreta en la caridad cristiana, puede cambiar las vidas de la gente haciendo *que los ciegos vean* —a las personas que sufren— y *que los paralíticos caminen* —para “salir” de sí mismos y llegar hasta ellas—; es un acto libre de la voluntad capaz incluso de vencer al odio mediante el perdón y la reconciliación; da sentido a la existencia humana por ser origen y fin de la misma; y nos ofrece la auténtica felicidad al acercarnos a nuestra plenitud, consistente en amar y ser amados de esa manera. Además, el amor al que nos referimos cohesiona la sociedad porque al hacernos pensar en los demás sin depender de lo emocional nos aproxima a ellos, aunque no los conozcamos o no nos caigan bien, uniéndonos así a todos, cosa que no hace el simple afecto. Con este, como resultado de “lo que yo siento”, tendemos a ocuparnos únicamente de las personas que consideramos cercanas, lo que nos aísla en nuestro propio entorno y genera actitudes individualistas, cuando no egoístas, indiferentes casi por completo a las necesidades de quienes quedan fuera de ese sentimiento.

Y es que, en verdad, no es necesario “querer” a alguien para tratarlo con dedicación, amabilidad, respeto o delicadeza poniendo en práctica el amor descrito por san Pablo en el capítulo 13 de su primera carta a los corintios. Un texto que nos descubrirá, desde la sinceridad con nosotros mismos y acaso con sorpresa, que en lo más íntimo de nuestro corazón es así como deseamos acoger a los demás y ser acogidos por ellos, en cualquier lugar y siempre.